

Día de ANDALUCIA  
Málaga  
28 de febrero de 2022  
Siendo alcalde de la ciudad el  
Excmo. Sr. D. Francisco de la Torre Prados

Antes de comenzar, mi mayor agradecimiento a nuestro alcalde, por designarme para este cometido, en el que me han precedido ilustres personalidades de la ciudad, algo que acojo con honor y como presidente de la Fundación Manuel Alcántara, a la que considero autentica destinataria de la elección, muy por encima de mi modesta persona. Recodar también a los miles de andaluces que se ha llevado la pandemia, entre ellos tantos ancianos que atesoraban conocimiento y cultura para seguir transmitiendo a las nuevas generaciones. Sin poder olvidarme del pueblo ucraniano sufriendo momentos muy difíciles y representado por una numerosa colonia en nuestra ciudad.

Los andaluces, como los humanos de nuestro tiempo, andamos sobre pisadas. En nuestro caso las nuevas huellas que vamos dejando están impregnadas del polvo de millones de años, desde aquellos primeros homínidos que provenientes de África, de una zona situada en el área de la actual Etiopía, se asentaron en el sur de la península, situando nuestro linaje primigenio en esta zona del continente africano. Parafraseando a Ortega y de su alusión a España, aquella sentencia suya: “Andalucía es un remolino de polvo en el camino de la historia después de que grandes pueblos hayan pasado al galope”. Aunque conocida, no viene mal recordar esa historia que nos condiciona, también en el presente.

Valgan las huellas que perviven de aquellos que procedentes de la antigua Biblos y de Tiro llegaron impregnados por la propia sal del Mediterráneo, enfilando nuestras costas, velas al viento y remos abriendo al compás el agua, con ojos cegados por la luz ante una claridad destellante, sorprendidos por un clima benigno y un paisaje de acogedora belleza. Dejándonos el saber de navegantes expertos, del confeccionar y teñir de tejidos, del color púrpura, de la salazón y conserva del pescado. Su asentamiento sobre un primitivo poblamiento bástulo, supuso la fundación de la colonia Malaka, que sería una de las ciudades más antiguas y hermosas del continente. Griegos después, llegados desde ese mismo mar, de las odiseas y Anábasis, para envolvernos con una cultura y mitología que marcarán nuestras raíces. Sustrato que emana de Homero, de Estrabón, de Herodoto... Despertando la imaginación y los sentidos: la búsqueda del jardín de las hespérides, con las manzanas doradas que proporcionaban la inmortalidad. Las columnas que Hércules había separado abriendo un estrecho entre dos continentes. Según Herodoto no había tierra más allá “non terra plus” hasta que Coleo de Samos lo atravesó y demostró que no era el final del mundo, que según la mitología griega se encontraba más allá de esas columnas. O la que sigue siendo un mito en nuestros días, la Atlántida, una civilización perdida, tragada por el mar océano. Y, Tartessos, los descubrimientos arqueológicos la hacen una realidad, rica y aun rodeada de misterios, en cuyo entorno Caballero Bonald sitúa su Argónida,

topónimo ficticio que no por casualidad localiza en las marismas de Doñana, que se dibujan en el horizonte del sur con la plasticidad verbal que nos sugiere una extraña suerte de paraíso poético. En nuestro Picasso, en su pintura, está presente la influencia de la mitología griega: faunos, centauros, héroes y ninfas.

Tampoco lo es, que el escudo de Andalucía, muestre la figura de Hércules dominando dos leones y flanqueado por las dos columnas que su extraordinaria fuerza había separado: el monte Hacho en Ceuta y el Musa en Marruecos. Debajo la inscripción "Andalucía por sí, para España y la humanidad", sobre el fondo de una bandera andaluza. Mientras que, en la zona superior, se lee en latín "Doninator Hercules fundatur". Su creador fue el propio Blas Infante quien se prestó muchos de los elementos del escudo de la ciudad de Cádiz. La elección de los colores, verde y blanco, por el propio padre de la patria andaluza, lo justificaba por ser los correspondientes, el verde, al Califato Omeya de Córdoba, y el blanco, al imperio almohade, considerando las dos épocas en que el poder político centrado en Andalucía consiguió mayor esplendor.

Otros asentamientos se suceden en el sur de la vieja piel de toro: Roma, con su poderío, sus legiones y símbolos, que llegará a contar con dos emperadores surgidos de nuestra Bética. Más tarde, los pueblos barbaros, germanos orientales, que también se asientan en la península y que acabarían con aquel otrora gran imperio romano, en su ocaso dividido y agotado.

La invasión, atravesando las columnas de Hércules, de los árabes, con la gloria posterior del Califato, la concordia presente en la convivencia de tres civilizaciones, de tres credos, dejando la herencia durante ochocientos años de una cultura que tanto nos ha influido en Andalucía más que en ningún otro lugar de la península. Dice Amin Maalouf, "todavía nos llega el sonido de una música de reencuentros, reencuentros de siglos, de mares palpitantes y de corazones"

La toma de Granada puso fin a una época, donde previamente el fraccionamiento del poder árabe y el desgaste de una reconquista gradual, assolaban un territorio que después solo tendría atisbos de un resurgimiento muy localizado en la Sevilla del siglo XVI, con el descubrimiento del nuevo mundo y su posición geográfica que fluvialmente la abría al horizonte de las américas, beneficiándose también Cádiz como enclave privilegiado. Algo que resultará efímero al suponer finalmente un mero tránsito de riqueza hacia las necesidades de la corona, muy endeudada y empezando a vivir también el ocaso de su imperio. Pero ahí quedó para la posteridad un Siglo de Oro irreplicable para las artes y la cultura, en el marco de la contrarreforma, en la que nuestro barroco con sus volutas, dorados, circunvalaciones y voladizos, alcanzó cimas de sublime belleza.

También en la Málaga decimonónica, su primera mitad, se vivirán tiempos augurales con una eclosión industrial y comercial de la mano de aquel triunvirato de empresarios ilustres: los Larios, Loring y Heredia, que la colocan disputando la primacía con Cataluña en el plano económico nacional. Significativo, en la floreciente Málaga de hoy, parece volverse a repetir la historia de este comparativo con Barcelona. Aquel fenómeno que tuvo transcendencia en el enorme florecimiento de la ciudad y provincia, sin embargo, también le llegó su fin por las plagas sobrevenidas sobre las cosechas, las guerras carlistas o las dificultades en el suministro de carbón.

En ese paréntesis de oscuridad ocurre un fenómeno que va a marcar nuestra visión desde fuera, incluso, la de los propios andaluces durante mucho tiempo. Se trataba

esta vez de una invasión reducida, singular, un gota a gota de individuos aislados, de “curiosos impertinentes” como los bautizara Ian Robertson, procedentes principalmente de países como Francia e Inglaterra, que empiezan a experimentar la retracción que sufre la razón ilustrada y, donde la Revolución Industrial y la urbana habían contribuido, con la concentración de población en las ciudades y el nacimiento de una burguesía capitalista, en contraste con la pobreza del medio obrero que subsistía en las peores condiciones de trabajo e higiene, a presagiar cada vez más los riesgos de la uniformidad de un mundo conocido que empieza a ser despechado. Tampoco sería ajeno a ello, la imagen de voluptuosidad y exotismo de nuestra tierra que propagan a su vuelta los combatientes franceses que intervienen en la Guerra de la Independencia, o el ejército inglés que lidera el duque de Angulema para restaurar en el poder a Fernando VII, tras el levantamiento de Riego.

Descubren en el nuestro, un país que todavía parece anclado en la edad media, donde no había triunfado la reforma protestante y en el que, como afirma el profesor González Troyano, gran parte vivía de la agricultura, con un pueblo admirado en virtud de la historia reciente, que tenía el atractivo de lo bucólico, un bucolismo nada literario ni convencional, pero también de color intenso, de inocencia, de alegría y de sentido artístico. Era el “paradis retrouvé” y hacia aquí encaminaron la imaginación, la libido y los pasos: Richard Ford, Francois-René de Chateaubriand, Prosper Mérimée, Théophile Gautier, Gustavo Doré... y tantos muchos.

Se idealiza al torero, el baile, la guitarra, el bandolero... arquetipos con los que el costumbrismo español se identifica, al final no solo nos verán así los extranjeros, sino que los andaluces, también los españoles, acabarán presumiendo de ello, de rasgos diferenciales que nunca se habían visto ante el espejo, pero que aquellos viajeros ilustrados, llenos, eso sí, de exagerado y exacerbado espíritu romántico, habían sabido poner de manifiesto. La Andalucía de la pandereta, del folklore y la manola, la de los estereotipos que nos van a marcar hasta bien entrada la segunda mitad del pasado siglo. Valga recordar títulos de películas que todavía, los que peinamos canas, alcanzamos a ver: Morena Clara, Carmen la de Ronda, Rosario la Cortijera, María de la O, El sueño de Andalucía...

Haciendo un paréntesis, parece necesario recordar que la historia de Andalucía como unidad geográfica, en su concepción actual, comenzaba a gestarse realmente con la conquista de los reinos de Córdoba, Sevilla y Jaén en el siglo XI, y el de Granada el XIII, para tener una definición definitiva con la división regional y provincial, que en trabajo de armar un auténtico puzzle, concluye Javier de Burgos en 1833, durante la regencia de María Cristina. Ocho provincias que se desgajan de la conjunción de los referidos reinos históricos que, además de copar la extensión de todo el sur natural de la península, parecía la elección natural: tenían un pasado común árabe y después de ser reconquistados, el tamiz homogeneizador de la corona de Castilla, una repoblación con castellanos y gallegos.

Por lo que el carácter de ciertos rasgos e historias comunes de la población parecía haberse tenido en cuenta, de ahí la similitud en nuestros comportamientos con una muy particular forma de decir el castellano y con una diferenciación por entonación, acento o deje por provincias que dejan un lenguaje altamente simpático y sugestivos. Sin embargo, para Blas Infante, el “genio” andaluz no se podía expresar con el alfabeto castellano, pues carece de los sonidos del idioma andaluz, el cual solo se puede expresar con el “alifato” -alfabeto árabe-, cuyas letras si expresan los sonidos vocálicos

de habla andaluza. Hasta el punto de llegar a acariciar la idea del andaluz, no como dialecto del castellano, sino como una lengua genuina basada en el desarrollo histórico de las habladas en Andalucía y la interrelación de las mismas.

Pero, en definitiva, volviendo a la visión romántica de aquellos viajeros, lo que propicia es que nos prestemos los andaluces una entidad atractiva en el contexto de la época, que se vende tanto para el exterior como para lo autógeno, permitiendo fomentar cierto espíritu de uniformidad del que se carecía, máxime con el mosaico de procedencias y caracteres diferentes de otras partes de la península que, como hemos comentado, se vino haciendo la repoblación de los reinos reconquistados, amén de restos de mudéjares, judíos conversos o moriscos que residualmente permanecieran en Andalucía.

Vamos arrastrar durante mucho tiempo el peso de los tópicos. La etología en nuestro caso pierde la brújula: Andalucía amalgama de etnias más que de unidad de ciudadanos, papanatismo provinciano, pereza y desidia, producto típico del pensamiento binario dirigido a lo anecdótico, extrovertida, feriante y callejera, del “miarma” y del “jipío”, sociedad tábida y decadente. Andaluz: jactancioso, iconoclasta, hiperbolizante, de conducta asertiva y actitud de prescindencia, amigo de lo que brilla y de lo que truena, que irrisa la imaginación para dar vida a las fantasías, nunca portador de valores eternos sino gozador de placeres efímeros, que acepta trabajar bien, pero sin dejar de vivir mejor, del desdén por las cosas, de un ascetismo y una ciencia de la vida. Algo no lejano de la Andalucía que inspirara el tenebrismo barroco en los pinceles de Juan de Valdés Leal. O aquella Andalucía de Simón el enterrador y Cuchares.

¡Se aguanta la vida gracias a que el clima es bueno, si no de qué...!

Un decir generalizado tiene que ver con la expresión anterior: El carácter andaluz es el resultado del medio en que habita, lo extremado del clima y la huella de la civilización árabe.

Gala, decía que el andaluz baja sus necesidades para bajar los sacrificios para satisfacerlas. La gran motivación del Andaluz es la vanidad, asevera Antonio Burgos. Mientras que Saramago, refiriéndose al Sur, el sur del sur, lo llama también Caballero Bonald, lo había descrito como “el sur irónico que se ríe de su propia resignación, amasado de imaginación y sensualidad, hacia el sur que para no perder su alma rehusa a ser otra cosa que sur”.

El sepia, el blanco y negro después, continuaran tiñendo la trayectoria e imagen con la que entramos en el siglo XX. Son años oscuros para España, se habían perdido a finales de la anterior centuria las últimas colonias, con la consiguiente caída para Andalucía del comercio de Ultramar, aconteciendo en el primer cuarto siglo el desastre de Annun, la terrible y cainita guerra civil después, la dura autarquía de la posguerra, la tardía apertura del régimen, los años de desarrollismos, la democracia por fin.

En este último y deseado contexto, Andalucía va a recobrar un protagonismo absoluto e histórico: Una fuerza inmanente, poderosa, magnética y telúrica nacida de su propio pueblo, de una exultación inédita y desconocida. Irresistible, contenida hasta entonces por grilletes inmisericordes que ahora saltaban por los aires, con la inercia irrefrenable de un ciclón enfurecido. Era el Prometeo encadenado e inmortal de Esquilo, desafiante e inmune ante el ave carroñera del pasado. Adiós a la caspa, a los estereotipos de años, a los clichés merecidos o inmerecidos, se daba la bienvenida al color, un color

brillante y exultante, que espejeaba la espesa grisura, nuestra acompañante incomoda de tanto tiempo.

Manuel Alcántara  
(de "Este verano en Málaga")

Con el campo entre dos luces  
se puso a soñar un día  
que era de los andaluces  
la tierra de Andalucía.

(Su bandera blanca y verde:  
la luna en el olivar  
que verá cuando despierte).

Soñaba a la luz del día  
Y cuando se iba la luz  
su sueño ya lo sabía  
el pobre pueblo andaluz.

(Un hombre de tantos sueños  
tiene derecho a mirar  
cómo despierta su pueblo).

Porque, tras la llegada de la monarquía parlamentaria, el 4 de diciembre de 1977 como un movimiento sincrónico y entusiasta sin parangón, más de dos millones de andaluces se echan a la calle solicitando la autonomía política para la región. En aquella jornada, en Málaga, como reza en su escudo "la primera en el peligro de la libertad", ocurre un hecho luctuoso que se convierte en símbolo de la lucha del pueblo andaluz por su autonomía y de la represión ejercida por el Estado sobre una población civil que se manifestaba festiva y pacíficamente. Una fecha que tantos consideran como el verdadero día de Andalucía.

La muerte de Manuel José García Caparrós en Málaga, por disparos descontrolados de fuerzas de la Policía Armada y dentro de un caos generalizado, se convierte en un símbolo de reivindicación tan justa como necesaria. La ciudad sufre días aciagos en estado de excepción, que no se olvida a los que vivimos personalmente una soledad forzada en nuestras calles y plazas, envueltas en una perceptible neblina que nos llegaba con el olor rancio y azufrado de la pólvora.

Llegó una autonomía luchada con denuedo, por la vía del artículo 151, cuando se nos quiso imponer el 143 de la Constitución, que no hubiese permitido la consideración de comunidad histórica. Conseguida y refrendada en referéndum del 28 de febrero de 1980, fecha que celebramos todos los años, cumpliéndose hoy 42, de aquella histórica efeméride, por lo que estos momentos que estamos viviendo esta mañana, como en años anteriores, no pueden ser más significativos y emotivos para nuestra conciencia de pueblo, de andaluces con todos los derechos inherentes al significado de esa hermosa palabra con tanta historia detrás.

Con la entrada de España en 1986 en la Comunidad Económica Europea, Andalucía comienza lentamente a despertar beneficiándose como región menos desarrollada de

Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) y del Plan de Empleo Rural (PER). Asimismo, la Exposición Universal de Sevilla del 92, que supuso un cambio importantísimo para la región con inversiones estatales, la decisión de comenzar la alta velocidad por el sur rompía la tradición de innovar en el norte, aunque la línea Córdoba-Málaga llegaría 15 años después.

Las propias inversiones de la Junta con objetivo de irradiar el efecto Expo-92 a toda la comunidad, singularizando para ello a cada ciudad con un evento que la hiciese protagonista. En nuestro caso la gran exposición sobre Picasso, antecedente de lo que luego sería su museo. Además del impulso que supusieron las inversiones y del efecto escaparate, también, por qué no decirlo, de un cambio de mentalidad en la población, fomentando por fin, cierto orgullo de pertenencia.

Pero finalmente, como ocurre en los sueños, fue algo efímero, el propio 92 enmascaró, por la obra publica una crisis que ya se vivía en Europa y que saltó con virulencia en nuestro caso en el 93, donde cayó la producción más del 2% y el paro alcanzó la escalofriante cifra del 34,08 %. No se verían atisbos de recuperación hasta finales del 94 gracias al turismo y exportaciones, demorándose la creación de empleo hasta principios del 97, cuando estos dos índices cedieron el testigo a la construcción, viviéndose una fase de cierta expansión, al igual que el resto de España, por el protagonismo desmedido del sector inmobiliario, algo que se prolongó hasta la crisis del 2008.

Al final del periodo 2008-2013, el paro alcanzaba todavía el 36%. En los años de bonanza que vienen después, no se logra bajar del 22,85 % y, lo que es peor, en estos años solo había logrado aumentar el PIB per cápita de los 14.133 euros por habitante a 18.470, continuando siendo la penúltima región de España en ello, con la diferencia de que la última, Extremadura, había recortado distancias. Con el 18% de la población española, Andalucía tenía el 13% de la riqueza nacional y no se veía que su renta per cápita pudiera converger a corto plazo con la española, menos aun con la europea. La receta que fue utilizada en esos años ha estado basada en un potente gasto público, articulado en múltiples subvenciones, un nivel de impuestos que era uno de los más elevados de España y un intervencionismo feroz de la economía, que son las recetas típicas de la socialdemocracia. Se ha utilizado más intensamente la financiación europea para aumentar las dotaciones del estado de bienestar y fortalecer las instituciones políticas regionales que para mejorar la capacidad productiva, una opción que puede ser legítimamente defendible, pero que tiene sus consecuencias en los diferenciales de empleo, renta y paro.

Era una forma de entender la política económica frente a una visión del liberalismo clásico y conservador de impuestos bajos, reformas profundas, menos burocracia y gasto limitado. Senda en la que parecemos instalados desde las elecciones del 2018. Hasta ahora y pese al freno provocado por la pandemia, está bajando el paro, se sitúa en el 20,2%, se crece por encima de la media española, se ha cerrado durante dos años consecutivos con superávit, milagro desconocido en nuestra región. Se mejora en entorno institucional, eliminación de burocracia, innovación y competitividad fiscal, mientras que las exportaciones, fruto del dinamismo que comienza a tener la economía, alcanzan records históricos. Situándose ya la renta per cápita en los 19.083 euros, a pesar del parón prolongado de la pandemia.

Y, Málaga. Hoy la capital de mas pujanza en España. De vivir a rebufo de la costa, se ha convertido también en fuerza tractora de ella, donde la Diputación Provincial, trabaja

con encono para que de ese momento de atracción se beneficie la provincia, no solo la costa, sino el interior donde se están cimentando serias expectativas. La capital pasa por haber conseguido ser un referente mundial en oferta cultural, no solo por los cerca de cuarenta museos, sino porque Málaga en si misma es ahora un autentico museo. También por su apertura al mar, por la recuperación y puesta en valor de sus vestigios históricos, por la reordenación y modernización urbanística de la ciudad, por su gigantesca apuesta por el emprendimiento y la tecnología, logrando, en esto último campo, un milagro impensable años atrás. Ser una referencia mundial que atrae firmas del prestigio de: Google, Oracle, Vodafone, Ericsson. Accentur, Dekta...

Con nuestro Málaga Tech Park convertido en el más importante hub tecnológico de España, siendo una referencia en Europa y en el mundo. Sus posibilidades en el hemisferio de la innovación tecnológica son ilimitadas, bajo una dirección que desde su inicio es ejemplo de conocimiento, constancia y visión de futuro. Paradigma de lo que puede ser la permanencia y experiencia en una responsabilidad de tan alto contenido. Una Málaga en la que nuestro Antonio Bandera, amor autentico a la tierra, siempre reclamo y estandarte de lo nuestro, la hace objeto de sus inversiones con una confianza ilimitada en su futuro, con lo que supone como reclamo y escaparate a nivel mundial.

Con su alcalde, Francisco de la Torre, 22 años dirigiendo los destinos de la ciudad, y artífice reconocido de su espectacular salto cualitativo y cuantitativo que ha dado, hasta codearse con las capitales que fueron las mas altas referencias en nuestro país. Innecesario resaltar sus méritos porque están reconocidos en todos los ámbitos y latitudes. Valga comentar que, recientemente el CEO de Vodafone España, Colman Deegan, en la presentación de su hub en Málaga, y coincidiendo con los 21 Grand Slams conseguidos por el manacorí, aseguró que Francisco de la Torre es el Nadal de los alcaldes de España, por su esfuerzo porque el proyecto acabase en la ciudad en un concurso con otras siete ciudades europeas. Lo mismo, ha ocurrido con tantos otros proyectos e iniciativas. Algunas en curso: la Copa América de Vela, la Expo del 2027 ..., se conseguirán o no, pero mientras, no nos queda la menor duda, Málaga estará en el foco de la atención mundial.

Volviendo a Andalucía, con aquellos estereotipos reñidos con la modernidad del presente ya superados, para dejar de ser la quincalla nacional, hasta convertirse en una región imaginativa y prospera.

Aunque persistirá, la sensualidad de nuestro carácter, la alegría, el cuidado de los otros, la vida en la calle... Algo qué, a pesar de los algoritmos, la inteligencia artificial, el 5G... no vamos a perder los andaluces.

Esa ilusión paradisiaca que albergamos de que, al juntarse demasiado la esencia y la existencia emiten una invitación a la quietud, a la alegría, al disfrute y la sabiduría de vivir la vida. A ser capaces de aplaudir, sí aplaudir, una puesta de sol. De comprender por ello, el valor estético de la lentitud. Por eso el andaluz, se seguirá acercando al corazón del agua para escuchar su latido, contendrá la respiración ante una media verónica de Morante, se emocionará con recogimiento ante la voz roca del capataz invitando a levantar un trono, y entornará los ojos y sentirá escalofríos con el quejío hondo del flamenco de Estrella Morente ..., Es la percepción atrapada de los momentos, la emoción congelada, para poder después vivirla a modo de ritornello, despacio, a lo andaluz, deleitándose con la magia de proustiano tiempo retenido.

Andalucía hoy, señores, es esa bella mujer que se despiereza del sueño de años, ahora cuando se despierta, todo el mundo bailará alrededor de ella.

Este discurso y por la reducción del tiempo asignado para su exposición, se cambió por una intervención oral, sin papeles, durante unos quince minutos, que consistió más que ser resumen del mismo, altamente difícil, si de esbozar algunas ideas sueltas sobre su contenido, dejándome llevar más que por su contenido, por el ambiente, la presencia de personalidades, amigos y familiares, así como la propia solemnidad del acto.

Antonio Pedraza